

# Jardines y fuentes en al-Andalus a través de la poesía

Celia del MORAL

BIBLID [0544-408X]. (2009) 58; 223-249

**Resumen:** El objetivo de este trabajo es aportar datos, a través de la poesía, al conocimiento general de los jardines y las plantas en al-Andalus. Para ello se ha hecho un recorrido a través de la poesía andalusí para recoger una muestra representativa del género descriptivo y paisajístico que recibe el nombre de *rawḍiyyāt* y *nawriyyāt* (poemas sobre jardines y flores). Se ha clasificado el material recogido, según su temática, en varios apartados: el primero dedicado a la descripción general de jardines y arboledas, el segundo a los árboles y las plantas, el tercero se dedica a las flores y sus variedades, el cuarto a los frutos y hortalizas, y el quinto y último está dedicado al tema del agua en el jardín o el huerto: norias, arroyos, fuentes, estanques, etc.

**Abstract:** Provides data about gardens and plants in al-Andalus as included in Andalusian poetry by way of collecting a representative sample of the descriptive and landscape genre called *rawḍiyyāt* and *nawriyyāt* (poems about gardens and flowers). Materials gathered have been classified according to main subjects: general description of gardens and woods; trees and plants; flowers and their varieties; fruits and vegetables; and water in gardens and orchards : water wheels, streams, fountains, ponds, etc.

**Palabras clave:** Poesía descriptiva andalusí. Rawḍiyyāt. Nawriyyāt. Jardines. Fuentes.

**Key words:** Andalusian descriptive poetry. Rawḍiyyāt. Nawriyyāt, Gardens. Fountains.

La poesía descriptiva árabe ha sido desde la época preislámica una de las fuentes literarias más importantes para el estudio del medio físico, etnológico o antropológico en que se desarrolló la cultura árabe. Las continuas y frecuentes descripciones de la naturaleza, los animales o las personas que aparecen en la poesía preislámica suplen en buena parte la ausencia de fuentes escritas o los escasos restos arqueológicos de una sociedad preferentemente nómada.

Tras su llegada a al-Andalus, los árabes van a encontrar en un clima mucho más benigno que aquél del que procedían y, en su naturaleza fértil y abundante en agua, el “Paraíso soñado” como recompensa para los creyentes. No es necesario recordar aquí la cultura desarrollada por los árabes en la Península ibérica para el mejor apro-

vechamiento del suelo y del agua o para el deleite de sus moradores, con la creación de un estilo propio en la construcción de jardines<sup>1</sup>.

La tradición poética en la descripción de jardines (*rawdīyyāt*, *nawriyyāt*, etc.), que ya había dado sus primeros pasos en Oriente tras la instauración del califato Omeya, va a tener en al-Andalus un gran desarrollo debido a numerosos factores que trataremos de analizar en este trabajo. En los diversos periodos históricos por los que atraviesa al-Andalus, la poesía floral y descriptiva, no sólo de jardines y flores, sino también de frutos, fuentes, ríos o edificaciones inmersas en la naturaleza, van a proliferar en la poesía andalusí y será raro el poeta que no toque este tema en su producción literaria.

Si consideramos la poesía como una fuente (más o menos subjetiva) para el conocimiento de la sociedad andalusí, un análisis exhaustivo de los textos poéticos nos permitirá estudiar, confirmar o completar los conocimientos sobre el jardín andalusí que ya tenemos a través de otras fuentes más especializadas, así como las clases de flores, plantas o frutos que más llamaban la atención de los poetas que, en definitiva, eran los portavoces de una clase social culta y elevada que creaba estos jardines para su disfrute. En este caso y con todas las precauciones necesarias, las fuentes literarias —en concreto la poesía— pueden servir de información complementaria para el estudio del paisaje y la jardinería andalusíes.

Para cualquier estudio sobre la poesía descriptiva de jardines y de flores en al-Andalus hay que acudir inevitablemente al capítulo que Henri Pérès dedicó en su libro *La poésie andalouse en arabe classique au XI<sup>e</sup> siècle. Ses aspects généraux, ses principaux thèmes et sa valeur documentaire*<sup>2</sup>: “Los jardines y los huertos” (cap. III) y, para el tema del agua, al capítulo IV de la misma obra: “Aguas estancadas y aguas corrientes”. Este magnífico y documentado estudio del arabista francés no ha perdido vigencia con el transcurso de los años y sigue siendo un referente para cualquiera que desee conocer la poesía descriptiva en al-Andalus. Aunque el autor centrara su investigación en el siglo XI, el periodo histórico conocido como *Mulūk al-tawā’if* (Reinos de Taifas), la relación de temas y variantes poéticas que trata en estos dos capítulos podría aplicarse igualmente al resto de los periodos literarios de al-Andalus, lo

1. Este trabajo fue presentado como comunicación al Seminario Internacional *La Ciudad en el Occidente islámico medieval. Nuevas aportaciones de la arqueología y relectura de fuentes*. Director: Julio Navarro Palazón. 2ª sesión: “Jardines en al-Andalus”, celebrado en Granada, entre los días 27 al 30 de Abril de 2005, en la Escuela de Estudios Árabes (CSIC) y coordinado por Expiración García Sánchez y José Tito Rojo. Como hasta la fecha dichas actas no han sido publicadas, he optado por presentarlo aquí, revisado y actualizado con algunas adiciones.

2. París, 1937; 2ª ed. rev. y correg. 1953; traducida al español por M. García Arenal con el título de *El esplendor de al-Andalus*. Madrid, 1983.

cual demuestra que la poesía andalusí alcanza en este siglo su máxima madurez, y no hay grandes innovaciones en los siglos siguientes, salvo la evolución y el perfeccionamiento que alcanza el tema en la obra de los poetas de la “escuela levantina”: Ibn Jafāya e Ibn al-Zaqqāq, así como en los poetas de la siguiente generación, durante el periodo almohade.

Una fuente de gran importancia para el estudio del tema es el *Kitāb al-badī fī waṣf al-rabī* de Abū l-Walīd al-Ḥimyarī<sup>3</sup>, autor sevillano del siglo XI que recoge en esta bella antología los mejores versos de poesía floral (*nawriyyā*) compuesta en al-Andalus hasta su época. El editor de la obra, el mismo Henri Pérès, nos dice en el prólogo haberla utilizado en detalle en su libro ya citado, *La poésie andalouse*.

Otra obra de interés por el material que reúne sobre descripciones de jardines, flores o frutos, es el *Kitāb al-Taṣbīḥāt* de Ibn al-Kattānī<sup>4</sup>, autor cordobés del siglo X que en su antología dedica algunos capítulos a la poesía descriptiva; entre otros temas, consagra un capítulo a la primavera y las flores, otro a las rosas, al canto de los pájaros en los jardines, al agua (ríos, canales, aguas corrientes y aguas turbias), a los alcázares, aljibes y árboles, a las norias y molinos, a las frutas, etc.

La poesía floral y de jardines llega a su máxima expresión en al-Andalus durante el siglo XII: en su primera mitad, durante el dominio de los almorávides, surge en Levante una generación de poetas conocida como “escuela levantina o valenciana”, en la que destacan sobre todo dos autores que son tío y sobrino: Ibn Jafāya e Ibn al-Zaqqāq, los cuales van a quedar en la literatura árabe como “los poetas de la naturaleza y de las flores” por excelencia.

Ibn Jafāya<sup>5</sup>, apodado *al-Ānān* (el jardinero), a través de su extenso *Dīwān* eleva la poesía descriptiva en al-Andalus a su más alto rango —no sólo en el tema de las flores y los jardines, sino también en otros muchos temas—, describiendo de todas

3. (*Anthologie sur le printemps et les fleurs*). Texte arabe publié pour la première fois avec une introduction et quatre Index par Henri Pérès. Rabat, 1940. Sobre su autor, véase J. Lirola Delgado. “Al-Ḥimyarī, Abū l-Walīd”, *DAOA*, vol. I, pp. 257-258.

4. Traducida al alemán por W. Hoenerbach con el título *Dichterische Vergleiche der Andalus-Araber*. Bonn, 1973, ha sido objeto de una tesis doctoral en la Universidad Complutense de Madrid por la Dra. Nafissa Moufok. *Estudio y traducción del Kitāb al-Taṣbīḥāt de Ibn al-Kattānī*. Madrid, 2001.

5. Cf. *Dīwān Ibn Jafāya*. Ed. por S. Gāzī, Alejandría, 1979<sup>2</sup>. Ḥamdan Ḥayyāyī. *Vida y obra de Ibn Jafāya, poeta andalusí*. Trad. María Paz Lecea. Madrid, 1992; Ibn Jafāya de Alzira. *Antología poética*. Ed. trilingüe. Selección, fijación del texto árabe, prólogo y traducción castellana de Mahmud Sobh. Trad. al valenciano a partir de la trad. castellana de J. Piera. Valencia, 1986.

las formas posibles la belleza del paisaje levantino, sus jardines, sus huertos, árboles, flores y frutos<sup>6</sup>.

Su sobrino, Ibn al-Zaqqāq<sup>7</sup>, sigue esta línea poética perfeccionando y puliendo la poesía descriptiva, hasta llegar a lo que García Gómez ha definido como “la dramati-zación de la metáfora”<sup>8</sup>.

En la segunda mitad del siglo XII, el periodo almohade, se produce una revitalización de la poesía descriptiva. Surge entonces una generación de jóvenes poetas que se sienten herederos de estos dos maestros levantinos y continúan esta corriente de canto a la naturaleza, los jardines, las flores y el agua: entre ellos destacan los valencianos al-Ruṣāfi e Ibn Ūbayr, los granadinos al-Kutandī, Abū Ūa‘far ibn Sa‘īd o Ibn Nizār de Guadix, que junto con la poetisa Ḥafṣa al-Rakūniyya forman el grupo o corte literaria en torno al gobernador de Granada Abū Sa‘īd Ūṭmān, hijo del califa almohade ‘Abd al-Mu‘min<sup>9</sup>. Toda esta generación literaria sigue los pasos de sus predecesores y maestros y cultivan la tradición poética en la descripción de jardines y flores. El paisaje que reflejan fundamentalmente es el de la Granada almohade y sus alrededores, y en el caso de al-Ruṣāfi también los paisajes de su Valencia natal.

En el siglo siguiente (XIII), un miembro de los Banū Sa‘īd, Abū l-Ḥasan ‘Alī, va a terminar de recoger, en la gran obra familiar *al-Mugrib fī Ḥulà al-Magrib*<sup>10</sup>, junto con otros muchos temas, lo mejor de la poesía descriptiva compuesta en al-Andalus. A través de esta obra y de su resumen —el *Kitāb Rāyāt al-mubarrizīn*<sup>11</sup>—, podemos encontrar las mejores descripciones sobre jardines, flores o frutos de la poesía andalusí.

Finalmente, el periodo nazarí, aún no suficientemente estudiado —faltan obras por editar, otras por traducir y la mayoría por estudiar en su contexto—, nos permite comprobar que la poesía floral y de jardines continúa vigente, si bien va transformándose y adaptándose a los nuevos tiempos.

Hay varios *dīwānes* —entre los ya editados o traducidos, como los de Ibn Jātima, Ibn al-Jaṭīb, Ibn Zamrak, Ibn Furkūn, Yūsuf III, etc.— donde podemos encontrar

6. Para un estudio más amplio del concepto paisajístico y la arquitectura del paisaje en la poesía andalusí, especialmente en Ibn Jafāya, véase el artículo de B. Foulon. “Les représentations paysagères dans la poésie descriptive d’ Ibn Ḥafāga. Analyse de la structure hypsométrique du paysage et de l’ action des météores”. *Arabica*, 52-1 (2005), pp. 66-108.

7. Ibn al-Zaqqāq, *Poesías*. Ed. y trad. en verso de E. García Gómez. Madrid, 1978.

8. *Ibid.*, pp. 17-19.

9. Cf. *Abū Ūa‘far ibn Sa‘īd: un poeta granadino del siglo XII*. Selección de poemas, trad. e introducción de Celia del Moral Molina. Granada, 1987; 2ª ed. corregida y aumentada. Madrid, 1997, pp. 35-50.

10. Ed. por Ṣawqī Dayf. 2 vols. El Cairo, 1978-1980

11. Editado y traducido por E. García Gómez con el título *El libro de las banderas de los campeones de Ibn Sa‘īd al-Magribī*. Barcelona, 1978.

abundante material sobre este tema: descripciones de los jardines y huertos de Granada, Málaga o Almería, de las flores o los frutos que en ellos se cultivaban, de las fuentes, aljibes o norias en ellos instalados, así como de las construcciones de recreo edificadas para el disfrute y descanso de sus moradores.

#### DESCRIPCIÓN GENERAL DE JARDINES

Los poemas en los que se habla sobre jardines (*rawdīyyāt*) suelen ser, como dice Pérès, vagos e imprecisos. El poeta describe las sensaciones que le produce el jardín, unas veces por sí mismo, por su belleza, y otras en función de la actividad que en él tiene lugar como escenario frecuente de citas amorosas o de reuniones báquicas y festivas. La amada o el amado son comparados con los elementos del jardín, o al contrario, a éste se le compara con figuras humanas:

Como ejemplo de lo primero, valga este poema de Abū ʿfar ibn Saʿīd:

“En el *jardín* hay imágenes tuyas; por su causa  
se conmueven mis ojos y mi corazón apasionado.  
La rama es tu talle; las flores, la túnica;  
la rosa es tu mejilla y las margaritas, tu boca”<sup>12</sup>.

Y del segundo, estos versos de Ibn ʿAmmār:

“El *jardín* es como una bella, vestida con la túnica de sus flores  
y adornada con el collar de perlas del rocío,  
o bien como un garzón, que enrojece con el rubor de las rosas  
y se envalentona con el bozo del mirto”<sup>13</sup>.

El céfiro, el rocío, el alba, el crepúsculo, son circunstancias que acompañan casi siempre a estas descripciones. También los olores y efluvios aromáticos que se desprenden de los jardines, que encontramos a menudo en el *Dīwān* de Ibn Jafāyā:

“Los efluvios aromáticos se exhalaban de un jardín húmedo de rocío,  
donde soplaba la brisa por doquier”<sup>14</sup>.

12. *Abū ʿfar ibn Saʿīd*..., pp. 182-183.

13. *Banderas*, pp. 26 y 155.

14. Ḥayyāyī, p. 129.

A veces el poeta utiliza el término “jardín-es” (*rawḍa, riyād*) y otras, con bastante frecuencia, el término “huerto-s” (*ḥadīqa, ḥadā'iq*), especialmente cuando se refiere a fincas de recreo en los alrededores de Granada, donde aparece unido al tema del agua, como en esta invitación que Abū Ŷa'far hace a sus amigos:

¡Acudid, en nombre de Dios, a *un huerto*  
de adornadas ramas y bordadas túnicas<sup>15</sup>.

O este otro de al-Ruṣāfi:

“No hay lugar como tu *huerto*, Ibn Rizq:  
jardín brillante, arroyo presuroso”<sup>16</sup>.

Tenemos noticias a través de la poesía de alamedas y paseos con árboles frondosos, a orillas de los ríos, como el célebre Ḥawr Mu'ammal (la alameda de Mu'ammal)<sup>17</sup> que se extendía en las márgenes del río Genil cercano a las murallas de la ciudad, probablemente donde hoy se encuentran los paseos del Violón y de la Bomba, desde el palacio de Alcázar Genil, construido en esta época en las afueras de Granada, hasta las alquerías cercanas a la ciudad, en dirección a Sierra Nevada, paraje preferido por los poetas de esta época, ya que en sus inmediaciones se encontraban numerosos huertos y fincas de recreo donde solían ir a pasear y a celebrar reuniones báquicas y literarias, como aparece citado en los textos numerosas veces:

“Detente en Ḥawr y acampa en él,  
allí donde las esperanzas agitan sus alas...”  
“Quédate donde el céfiro se abastece de almizcle,  
que proviene de la fragancia del llano...”<sup>18</sup>.

También al-Ruṣāfi describe las arboledas del Guadalquivir:

“A la tarde, las grandes *arboledas* lo cubren con su sombra,  
que da a las aguas un color de herrumbre”<sup>19</sup>.

15. Abū Ŷa'far ibn Sa'īd..., pp. 116-117.

16. Al-Ruṣāfi de Valencia. *Poemas. Trad. e introd. de Teresa Garulo*. Madrid, 1980, p. 62.

17. Abū Ŷa'far ibn Sa'īd..., p. 31 y nota 26.

18. *Ibid.*, pp. 186-187.

19. Al-Ruṣāfi de Valencia, p. 41.

Ibn Jātima de Almería representa en un poema el paso de las estaciones del año por un jardín:

“Llegó *el invierno*, embozado en sus nubes;  
bienvenido sea el sultán de las estaciones”.

“Es una estación cuyos favores se reparten las demás;  
a medida que avanza, sus cualidades embellecen y fertilizan la tierra”.

“Cuando las flores de *la primavera* se engalanan,  
y los árboles se llenan de fragancia,  
ves abrirse la rosa como una mejilla roja  
y sonreír al azahar, como boca de blanquísimos dientes”.

“Tras la *primavera* viene *el verano*, como quien duerme la siesta;  
su mayor virtud es la hermosura y la fertilidad”.

“En pos de él, *el otoño* renueva la belleza y el encanto de la primavera,  
recamando con sus hojas las vestiduras del jardín con bordados de colores  
variados y semejantes”<sup>20</sup>.

A veces se reflejan en la poesía los rigores del invierno y sus heladas, como en este verso de Abū l-Barakāt al-Balafīqī, refiriéndose a los efectos del frío en la vega de Granada:

“Protege Dios a quien habita en Granada,  
pues ella alegra al triste y socorre al fugitivo.  
Se afligió mi compañero al ver que sus prados  
a causa del frío parecían un paraíso helado...”<sup>21</sup>.

La primavera, en el tema de los jardines y las flores, es la estación más importante y la preferida por los poetas, como en este poema en el que Ibn Jātima describe una fiesta de fin del mes de *ša' bān* (*ša' bāniyya*)<sup>22</sup> en un jardín floreciente en primavera:

“El céfiro se divierte emborrachando las ramas,  
que se abrazan talle con talle,

20. *El Dīwān de Ibn Jātima de Almería (Poesía arábigoandaluza del siglo XIV)*. Introducción y trad. por Soledad Gibert Fenech. Barcelona, 1975, pp. 113-114.

21. Ibn al-Jaīb. *Libro de la magia y de la poesía*. Ed. y trad. española por J.M. Continente Ferrer. Madrid, 1981, p. 112.

22. Sobre estas fiestas, que precedían al mes de ramadán, véase la Introducción de Soledad Gibert a su traducción del *Dīwān de Ibn Jātima*, pp. 35-36.

y el abrazo las invita a besarse, y sus flores  
se precipitan boca sobre boca”<sup>23</sup>.

En los últimos años previos a la caída de Granada, Muḥammad al-‘Arabī l-‘Uqay-lī, secretario y poeta áulico de Boabdil, describe con nostalgia las fiestas y reuniones primaverales en las huertas granadinas, antes del definitivo asedio cristiano:

“¿Qué fue, sí, de aquellas amables reuniones que celebrábamos  
en mejores tiempos, cuando era posible hacerlo?”.  
“Las plantas y las flores de los vergeles se emulaban como leones,  
y la tierra animaba a los árboles, como los árabes animan a sus compañeros.  
Cuando se adornaban con el ornato de sus propias flores,  
éstas los dejaban maravillados por su belleza.  
Sólo en Mayo y Junio eran novias  
que tenían quien las solicitase en matrimonio.  
Ante la aparición de sus frutos, cubriéndolo todo,  
los ojos creían contemplar jacintos, y la boca paladear la miel”<sup>24</sup>.

#### ÁRBOLES Y PLANTAS

La variedad de árboles y plantas, así como la de flores y de frutos que aparecen en la poesía andalusí es muy amplia. Sin embargo, hay que reconocer que no ha cambiado demasiado respecto a la gama que podemos encontrar hoy en día. Si por una parte faltan las especies importadas de América en fechas posteriores a la caída de Granada, por otra parte se sabe por los testimonios escritos que había plantas en al-Andalus que hoy han desaparecido, por lo que una cosa se compensa con la otra. No observamos tampoco —salvo excepciones y siempre a través de la poesía, lo cual no quiere decir que no las hubiera— especies raras procedentes de Oriente, que hoy no se den en la Península, quizás porque, si fueron importadas al principio de la conquista, hoy nos parecen autóctonas. Solamente llaman la atención las frecuentes citas del *arāk*, árbol o arbusto espinoso cuyas ramas se empleaban en Oriente desde épocas remotas como alimento para camellos y como mondadientes, de donde deriva el verbo *araka* (alimentarse del árbol de dicho nombre)<sup>25</sup>.

23. *Ibid.*, p. 115.

24. Al-Maqqarī. *Nafh al-īb*. Ed. de Iḥsān ‘Abbās, Beirut, 1968, vol. IV, pp. 549-550; L. Seco de Lucena. “Últimas manifestaciones poéticas del Islam andaluz”. *Atlántida*, 9 (1971), pp. 354-365; C. del Moral. *Literatos granadinos en el Nafh al-īb de al-Maqqarī*. Tesis doctoral ed. en microfichas, Granada, 1983, pp. 491-492.

25. Cf. A.B. Kazimirski, *Dictionnaire arabe-français*. Paris, 1860, vol. I, p. 26.



El autor que con más frecuencia cita este árbol es Ibn Jafāya, considerado un poeta neoclásico, de modo que no sabemos si se refiere al mismo árbol típicamente oriental o si se trata de un arcaísmo literario:

“El viento dobla el costado de cada *arāk*,  
cual viajero que cede al sueño en lo más profundo de la noche”<sup>26</sup>.

Lo encontramos citado también por Ibn Ḥisn, poeta sevillano del siglo XI en la descripción de un pichón:

“Reclinábase en la rama del *arāk* como en un trono,  
escondiendo la garganta en el repliegue del ala”<sup>27</sup>.

A propósito del este árbol, H. Pérès confiesa en nota no haber podido identificarlo y cree que no se trata de la planta de Arabia<sup>28</sup>. Al referirse a los árboles, de forma general, Ibn Jafāya utiliza diversa terminología, y además del habitual *šayāra*, emplea otros términos como *ayk* (árbol frondoso o espesura de árboles entrelazados), *sarḥ* (árbol alto y sin espinas) o el ya citado *arāk* (árbol espinoso). H. Ḥayyāyī cree que el poeta no distingue rigurosamente las diferentes variedades de árboles y que, deseoso de atenerse a la tradición clásica, nombra especies que crecen en Arabia y no en al-Andalus, como éstas que hemos mencionado<sup>29</sup>.

En todo caso, podría ser que dicho arbusto fuese importado por los árabes en los primeros siglos tras la conquista, que estuviera presente en los siglos XI y XII y posteriormente hubiera desaparecido. Abū Jayr al-ʿIṣbīlī, autor del *Kitāb ʿumdat al-ṭabīb* dice que es un árbol conocido entre árabes y no árabes, abundante en las distintas regiones del mundo y que sus hojas se parecen a las del laurel... y continúa con una descripción pormenorizada de la planta y sus variedades, añadiendo más adelante que lo ha visto en diversos lugares, como el monte de Algeciras o los montes de Ourique (*Iwrak*), lo cual contradice la versión de la evocación literaria clásica, aunque también podría tratarse de otra especie distinta a la oriental, como se indica en nota a pie de página<sup>30</sup>.

26. Cf. *Dīwān Ibn Jafāya*, p. 228.

27. Cf. *Banderas*, p. 133; *Libro de la Magia*, 134.

28. Cf. H. Pérès, *La poésie andalouse*, p. 170 y nota 11.

29. Cf. Ḥayyāyī. *Vida y obra de Ibn Jafāya*, p. 130.

30. Cf. Abulḥayr al-ʿIṣbīlī. *Kitābu ʿUmdatti ṭṭabīb fīma ʿrifati nnabāi likulli labīb*. Ed., notas y trad. de J. Bustamante; F. Corriente y M. Tilmatine. Madrid: CSIC, 2007, vol. II, pp. 62-63 y n. 2.

Los árboles o arbustos más comunes que aparecen citados por los poetas —además del ya mencionado *arāk*— son: la acacia (*al-ṭalḥ*), la adelfa (*al-diflā*), el albaricoque (*al-burqūq*), el almendro (*al-lawz*), el sauce llorón (*al-bān*), el granado (*al-rummān*), el laurel (*al-rand*), el naranjo (*šayarat al-nāranŷ*), el ajenjo (*al-šīḥ*), el olivo (*al-zaytūn*), el olmo (*al-našam*), la palma o palmera (*al-naĵla*), el pino (*al-šanawbar*) y el loto (*al-sidr*), llamado también “árbol del Paraíso”<sup>31</sup>.

Aparece asimismo con mucha frecuencia el mirto o arrayán, al que se refieren los poetas con dos denominaciones: *al-ās* y *al-rayḥān* (de donde ha derivado el término arrayán). Ignoramos si se trata de sinónimos, y los poetas los empleaban indistintamente, o si se trata de dos variedades de la misma planta<sup>32</sup>.

Encontramos también alusiones en el *Dīwān* de Ibn Jafāya a la *bašām* (*bašāma* o *balasān*, árbol del que fluye la resina llamada opobálsamo o bálsamo de Judea, importado de Oriente, ya que es autóctono de Arabia, Siria y Egipto<sup>33</sup>; al lino, en el *Dīwān* de Ibn Jātima, y a la mies en diferentes autores. Abū Tammām ibn Rabāḥ (s. XI) de Calatrava lo menciona en un poema junto con el *arāk*:

“La margarita de tu boca se queja de injusticia,  
si la maltratas con el mondadientes;  
la hermosa flor no sufre que la toquen  
los tallos del *arāk* o de la *balsamina* (*bašāma*)”<sup>34</sup>.

Ibn al-Jaṭīb menciona el *qatād* (astrágalo o tragacanto, arbusto espinoso de origen oriental empleado como alimento para los camellos), al expresar su nostalgia por la amada:

“¡Ay como la recuerdo! Cada vez que me separo de ella,  
siéntome inconsolable y aún con más ardor la deseo.  
Mis lágrimas, cual inmensas nubes de lluvia,  
no hacen brotar en mi lecho nada más que el tragacanto (*qatād*)”<sup>35</sup>.

31. Cf. J. Carabaza; E. García y otros. *Árboles y arbustos de al-Andalus*. Madrid: CSIC, 2004, pp. 181-182.

32. Algunos autores piensan que *ās* viene del semítico común y sería el término clásico para designar al mirto, mientras que *rayḥān* es utilizado en el Magreb y al-Andalus, que ha pervivido en español. Cf. *Un tratado agrícola andalusí anónimo*. Ed. y trad. por A. C. López López. Madrid: CSIC, 1990, pp. 250-251 (*‘Ās*) y 296-97 (*Rayḥān*).

33. *Ibid.*, pp. 259-60.

34. Cf. Abū Tammām ibn Rabāḥ de Calatrava. *El cálam del poeta*. Ed. bilingüe, traducción y estudio de Teresa Garulo. Madrid: Poesía Hiperión, 2008, pp. 104-105.

35. Cf. Ibn al-Jaṭīb. *El Libro de la Magia y de la Poesía*, pp. 88/68.

En otro poema descriptivo, el mismo autor que poseía excelentes conocimientos de medicina, alude a los efectos beneficiosos de las plantas, en concreto el sauce, el ajenjo y el laurel:

“Son unos parajes, cuya magnífica techumbre la forman las nubes,  
 las cuales los han vestido con un manto hecho de su tejido.  
 En ellos sopla la enferma y débil brisa buscando remedio  
 para sus males, y son las medicinas el *sauce*, el *ajenjo* y el *laurel*”<sup>36</sup>.

Finalmente, en el *Dīwān* de Ibn Jafāya aparece el ‘*anam*, un árbol oriental que crece en el Ḥiḡāz y da un fruto rojo, con el que se teñían las mujeres las puntas de los dedos. No se sabe exactamente a qué planta corresponde. Abū l-Jayr la menciona y explica que es una planta sobre la que discrepa la gente, ya que unos dicen que son los filamentos de las ramas de la vid, otros de la acacia, otros del muérdago, etc., y menciona también que las mujeres de los beduinos cogen su fruto y se tiñen con él las manos de rojo<sup>37</sup>.

“Al tomar la copa de su mano,  
 creí coger la rosa del ‘*anam*”<sup>38</sup>.

No sabemos si, como en el caso de otras especies, estos árboles fueron traídos a al-Andalus y los conocían Ibn Jafāya e Ibn al-Jaḡīb, o sólo los utilizan como recurso estilístico y demostración de su gran conocimiento de la lengua árabe clásica.

#### FLORES

La mejor relación de flores y sus variedades, a través de la poesía andalusí, se encuentra en las dos obras citadas anteriormente de H. Pérès, *La poésie andalouse*, y su edición del *Badī fī waṣf al-rabī* de Abū l-Walīd al-Ḥimyarī. Posteriormente al siglo XI, donde más variedad de flores encontramos es en los *Dīwān*-es de Ibn Jafāya, Ibn al-Zaqqāq e Ibn Jātima.

Al igual que los árboles de los que hemos hablado anteriormente, las flores que aparecen son las mismas que podemos encontrar hoy día: el alhelí (*al-jīrī*), el narciso silvestre o amarillo (*al-‘arār*), el narciso cultivado (*al-nar-yīs*), la amapola (*al-šaqqīq*), la anémona (*šaqqīr al-nu‘mān*), la azucena (*al-sūsan* o *al-sawsan*), la flor de almendro

36. *Ibid.*, pp. 130/120.

37. Cf. Abulḡayr al-‘Iṣbīlī. *Op. cit.*, pp. 538-539.

38. Cf. *Dīwān* Ibn Jafāya, p. 107; Ḥayyāyī, p. 104.

(*nawr al-lawz*), la flor de azahar (*zahr al-nāranġ*), la flor de enredadera (*nawr al-gāliba*), la flor del granado (*nawr al-ruṃmān*), el jacinto (*yāqūt*), el jazmín (*al-yās-mīn*), la alhucema o lavanda (*al-juzāmā*), el nenúfar (*al-naylūfar*), la violeta (*al-banafsay*), y las dos flores reinas de los jardines que aparecen en la mayoría de las *nawriyyāt*: la rosa (*al-ward*) y la margarita (*al-quḥwān* o *al-uḥḥuwān*).

Las flores que con más frecuencia se citan son: la rosa, la margarita, la amapola, el alhelí y el narciso. Cada flor toma en la poesía un equivalente metafórico con un rasgo de la persona amada, como podemos ver en la lista de imágenes y comparaciones que recoge E. García Gómez en el prólogo de su selección bilingüe de *Poesías* de Ibn al-Zaqqāq:

La rosa es la mejilla y el rubor (la de color rojo), la margarita los dientes, el tallo es la rama o el *bān* (sauce) y también la palma, las amapolas representan también el rubor, el arrayán esparce “el aroma del ámbar”, y así sucesivamente.

Para Ibn Jātima, las flores son con frecuencia objeto de regalo o presente para sus amigos, acompañadas de un poema amable (*ijwāniyya*)<sup>39</sup> en el que describe las flores objeto del regalo: un ramo de alhelíos amarillos y rojos, rosas tempranas, azahares, narcisos, etc. En otras ocasiones describe las flores silvestres del campo o de los cultivos, como la flor del haba (*nawr al-bāqilā*):

“No se extraviaron sin motivo los ojos de *las habas*,  
sino por las cosas que vieron”<sup>40</sup>.

O este otro en el que las habas se mezclan con las amapolas:

“*Las amapolas* y *las habas* parecen una cara  
que ha adornado la mano de la hermosura.  
*Las amapolas* son como las mejillas golpeadas,  
y *las habas*, el bozo que las embellece”<sup>41</sup>.

El alhelí es descrito por Abū Ŷa‘far b. al-Battī (s. XI), haciendo una ingeniosa comparación de su perfume nocturno, que desaparece por la mañana, con la hipocresía de un alfaquí que bebe por la noche:

39. Cf. C. del Moral. “Sobre la utilidad de la poesía en al-Andalus: las *ijwāniyyāt*, un género ignorado”. *MEAH*, 56 (2007), pp. 175-203, esp. el epígrafe 4: “Versos acompañando un regalo”, pp. 189-192.

40. Cf. *Dīwān de Ibn Jātima*, p. 115. Como explica Soledad Gibert en nota a pie de página, se refiere a que *la flor del haba* es blanca y tiene puntos negros como ojos, de ahí la imagen.

41. *Ibid.*, p. 121.

“Me maravillé del *alhelí* (*al-jīrī*) que da su aroma en la oscuridad,  
y cuyo perfume se aleja con el alba,  
y pensé que es de natural hipócrita, como  
un alfaquí que en público aparenta seriedad y luego bebe por la noche”<sup>42</sup>.

De nuevo Ibn Jātima incide en la nocturnidad del alhelí y compara su perfume con el ámbar y el almizcle:

“Aspira el aroma de nuestro *alhelí*,  
que parece en las sombras un perfume de *ámbar*.  
Es una flor que se oculta de día,  
llevando la contraria a las flores del jardín.  
Al exhalar su fragancia por la noche,  
parece que saca su olor *del almizcle* de las tinieblas”<sup>43</sup>.

Ibn al-Zaqqāq habla del castigo de las amapolas por “haber robado” el rubor de las mejillas:

“Crucé por los arriates de *amapolas* (*al-šaqāʿiq*).  
Jugando andaba el céfiro, y la lluvia  
con su fusta de azogue flagelaba  
las florecillas de color de vino.  
¿Qué delito fue el suyo? Que robaron  
el lindo carmesí de las mejillas”<sup>44</sup>.

Ibn Darrāy al-Qastallī (s. XI) se refiere a las azucenas:

“Las manos de la primavera han amurallado,  
encima de los tallos, los castillos de *la azucena* (*al-sūsān*)”<sup>45</sup>.

El granadino al-Abyaḍ (s. XII) describe un nenúfar, comparando su interior con una moneda de oro que exhibe durante el día y esconde por la noche:

42. *Banderas*, pp. 94 y 266.

43. Cf. *Dīwān de Ibn Jātima*, p. 118.

44. Ibn al-Zaqqāq. *Poesías*, pp. 72-73.

45. Cf. *Banderas*, pp. 73 y 233.

“Un *nenúfar* se ha levantado en medio del jardín  
para describir sus secretos a quien elévale sus quejas.  
En la mano tiene un dinar de oro purísimo  
que deja ver a los espectadores durante todo el día,  
mas cuando llegan las tinieblas nocturnas, envían a sus huestes  
de ladrones para que con sus deseos atrapen al dinar”<sup>46</sup>.

Ibn Jātima acostumbraba a regalar y recibir narcisos:

“Da la bienvenida a *la flor del narciso*, que te regala  
la hermana gemela del jardín en belleza y fragancia.  
Nos recuerda su perfume y su boca.  
Bésala o si lo prefieres, aspira su olor”<sup>47</sup>.

Abū Ŷa'far al-Ru'aynī menciona el narciso silvestre (*'arār*), estableciendo un juego de palabras (*tawriya*) con la puesta del sol, la mejilla del amado y el color de la flor:

“Disfruta del aroma del narciso del Naŷd,  
y lo que hay detrás del atardecer del narciso (*'arār*)”<sup>48</sup>.

La margarita es una de las flores que con más frecuencia aparece citada por los poetas. Se identifica con la boca, los dientes, y en general con la risa y la alegría:

Ibn Jafāŷa:

“En *las bocas* sonrientes de *las margaritas*,  
la nieve deposita una saliva fresca y helada”<sup>49</sup>.

Ibn al-Zaqqāq:

“Nos mostraba el jardín sus *amapolas* (*šaqā'iq*);  
nos daba el *arrayán* (*ās*) su aroma de ámbar.

46. *Libro de la magia y de la poesía*, p. 137.

47. Cf. *Dīwān Ibn Jātima*, p. 120.

48. *Nafh*, vol. II, p. 689.

49. Cf. Ḥaŷŷāŷī. *Vida y obra de Ibn Jafāŷa*, p. 117.

Pero ¿Y la margarita? (*al- aqāh*) Del copero  
 —dijo el vergel— yo la celé en la boca.  
 El mozo lo negaba, y a la postre  
 delató su *sonrisa* el escondite”<sup>50</sup>.

La rosa es la reina indiscutible de las flores en la poesía andalusí. En las antologías hay discusiones y torneos entre las flores para ver cuál es superior a las demás, llevándose siempre la rosa el galardón de los triunfadores, si bien algunas veces la margarita le roba el primer puesto. Se le compara con el rubor de las mejillas, cuando son rojas:

“Se mostró la mejilla del amado, y al sonrojarse avergonzada,  
 nos enseñó *una rosa* con la que se elevó su belleza”<sup>51</sup>.

Ibn Jātima acompaña el regalo de un ramo de *rosas tempranas* con estos versos donde juega con la envidia del narciso o el adorno del mirto:

“Te saludan las hijas vírgenes del jardín,  
 que una primavera precoz ha hecho florecer.  
 Crecieron antes de tiempo, y por eso  
*el narciso* ha palidecido de envidia.  
 Van a ti, anunciándote la primavera,  
 que para ellas se ha adelantado,  
 rodeadas por *el mirto*,  
 que pone un velo a su hermosura”<sup>52</sup>.

Ibn Abī ‘Abda (s. X) declara la supremacía de la rosa sobre todas las demás, y de nuevo la envidia de las otras flores:

“*La rosa* es lo más bello que el ojo puede contemplar,  
 lo más delicado de cuanto riegan las nubes generosas.  
 Las flores de los jardines se inclinan  
 ante su hermosura y la obedecen por lejos que estén.  
 Cuando surge *la rosa* en sus ramas,

50. Cf. Ibn al-Zaqqāq. *Poesías*, pp. 50-51.

51. Ibn al-Hāȳ al-Numayrī, *Nafh*, VII, p. 114.

52. Cf. *Dīwān Ibn Jātima*, p. 119.

unas flores mueren y otras palidecen de envidia”<sup>53</sup>.

Quizás la flor (o planta) más rara o misteriosa sea el *nammān*, sobre cuya identificación difieren los diccionarios y las traducciones que de ella se han hecho, pues los mismos poemas dan versiones contradictorias. H. Pérès, en el apartado que le dedica y en el que la identifica como “el alhelí *nammān*”, menciona sus rasgos específicos que la identifican con el alhelí azul, la violeta nocturna, el serpol, una flor del color del cobre, de olor desagradable durante el día y de generoso perfume por la noche, llegando a la conclusión de que es difícil identificarla en la actualidad<sup>54</sup>. El autor anónimo del *Kitāb fī tariḥ awqāt al-girāsa wa-l-magrūsāt* (*Tratado agrícola andalusí*) dice: “De la misma manera, el *nammān* es para nosotros el alhelí (*jīrī*), mientras que para ellos es una variedad de la yerbabuena”. El editor y traductor de esta obra, Angel C. López, añade más adelante que con ese nombre se conocían en al-Andalus dos plantas diferentes: el *nammān bustānī* (azándar o sándalo, planta olorosa parecida a la yerbabuena, de la familia de la menta), muy cultivado en los jardines, y en segundo lugar el *alhelí amarillo*<sup>55</sup>. Esta última denominación no se encuentra en ningún otro tratado agrícola, y es posible que se trate de una variedad de alhelí extinguida.

Para añadir nuevas noticias sobre esta misteriosa flor, al-Maqqarī recoge un poema de Ibn al-Ḥāȳy al-Numayrī, poeta granadino del siglo XIV, que habla de la costumbre —que no hemos podido aclarar o documentar— por el que había que arrojar el *nammān* al fuego. El poema es, como la mayoría de los de este autor, un alarde de retórica y juegos de palabras, quizás una *tawriya* o un enigma, pero no hemos podido descifrarlo por ignorar a qué se refiere cuando cita “la sentencia del *nammān*”:

“Me trajeron del jardín un *nammān* fragante,  
que habían regado pródigamente las lluvias matutinas.  
No hay por qué asombrarse si lo quemó el fuego de mi gemido,  
pues la sentencia sobre el *nammān*, es que se le eche al fuego”<sup>56</sup>.

#### FRUTOS Y HORTALIZAS

53. Cf. *Poesía araboandaluza*. Introd., selección y trad. de D. Cabanelas y M<sup>a</sup> Paz Torres. Litoral, n<sup>o</sup> 139-141, p. 78.

54. Cf. H. Pérès. *La poésie andalouse*, pp. 179-180.

55. Sobre esta obra, véase *supra*, nota 31; para estas citas, cf. pp. 90, 166 y 371-373. Agradezco a Expiación García Sánchez ésta y otras informaciones referentes a determinadas especies de plantas.

56. Cf. Al-Maqqarī. *Nafh al-tīb*, vol. VII, p. 113. Podría tratarse de un juego de palabras o de significados, aludiendo el autor a la otra acepción de *ṣandal*, la madera de sándalo, que sí es olorosa y se suele quemar para obtener su perfume.



Llama la atención en la poesía andalusí, como en la poesía árabe en general, la atención que se presta a las cosas pequeñas y cotidianas, y así encontramos poemas con curiosas descripciones de frutos y hortalizas a los que se adorna y ennoblece a través de la observación de su belleza. Algunos de ellos son antológicos por su plasticidad y originalidad, siendo recogidos en multitud de antologías posteriores. Entre ellas podemos encontrar poemas o fragmentos dedicados a una berenjena, una calabaza, una alcachofa, un membrillo, una granada, manzanas, naranjas, limones, higos, dátiles, sandías, nueces, rábanos, etc.

Ibn Šāra al-Šantarīnī describe la berenjena:

“Es un fruto redondeado, de agradable gusto,  
alimentado por agua abundante en todos los jardines.  
Ceñido por el caparazón de su peciolo,  
parece un corazón de cordero entre las garras de un buitre”<sup>57</sup>.

O unas naranjas (del mismo autor):

“¡Son ascuas en las ramas,  
que así parecen más lozanas,  
o mejillas que enseñan las hermosas?  
¿Ramas que se cimbrean o tiernos talles,  
por cuyo amor me esfuerzo?  
Muestra sus frutos *el naranjo*,  
como lluvia de lágrimas  
que la pasión ardiente tiñe de rojo;  
sólidas gemas que si se licuasen, serían vino,  
y las manos que lo escancian brazaletes”<sup>58</sup>.

Al-Ruṣāfi describe una manzana, objeto de un regalo:

“Le han regalado una *manzana roja*,  
del color de su mejilla.  
Ha querido besarla, y la manzana

57. Cf. *Banderas*, p. 171.

58. Ibn Šāra aš-Šantarīnī. *Poemas del fuego y otras casidas*. Recopilación, ed. y trad. y estudio de T. Garulo. Madrid, 2001, p. 103.

su boca ha visitado, en contra del deseo de los ojos”<sup>59</sup>.

Ibn Jātima también se refiere a unas manzanas, que regaló a un amigo, a las que acompañan estos versos:

“¿Acéptalas, son semejantes a los pechos  
y se han ungido con el color de las mejillas.  
Su aroma es como el del amado; su color, el del amante celoso,  
y tienen el sabor de la reconciliación después del desvío”.  
“Y si se ruborizan y avergüenzan  
es porque no pueden ser mejores (para ti)”<sup>60</sup>.

Y el mismo autor, describiendo una calabaza:

“Lleva una chilaba de seda, y se cubre con un largo velo,  
y los hombres no pueden tocarla.  
El jardín la saluda humedeciendo blandamente su cuerpo.  
Parece la pierna de una joven a la que arrebató el destino”<sup>61</sup>.

Ibn Faraÿ de Jaén, el autor del *Kitāb al-ḥadā'iq* (El libro de los huertos), nos describe una granada zafarí (*safrī*)<sup>62</sup> que regaló a un amigo, acompañándola de estos versos:

“Vestida de nácar rojo  
llega a ti la *granada* repleta de perlas.  
Te parecerá al abrirla un estuche delicioso  
que encierra bermejos corales.  
Son granos que se parecen a las encías de la amada  
por su dulce jugo o, si quieres, por su aspecto”<sup>63</sup>.

También sobre el mismo fruto, dice Abū l-Ḥasan ibn Nizār de Guadix:

59. Al-Ruṣāfī de Valencia. *Poemas*, p. 47.

60. *El Dīwān de Ibn Jātima*, p. 119.

61. *Ibid.*, pp. 121-122.

62. No se sabe a qué variedad concreta responde, sólo que llegó a al-Andalus en época de ‘Abd al-Raḥmān I, desde Siria

63. Cf. E. Terés. “Ibn Faraÿ de Jaén y su *Kitāb al-ḥadā'iq* Las primeras antologías arábigoandaluzas”. *Al-Andalus*, 11 (1946), pp. 146-147.

“¡Oh *granada*, de la que un amigo horadó su clausura  
y prestó a la luna parte de sus cualidades!  
Rompíó de ella el redondo y formado pecho de una virgen  
y me entregó lo que era semejante a su propia esencia”<sup>64</sup>.

Entre las más bellas descripciones de frutas está la del membrillo (*safarýal*), desde el famoso poema de al-Muṣḥafī (s. X), donde el poeta compara los aromas y colores de la fruta con perfumes como el almizcle, flores como el narciso o el cuerpo de la amada:

“Es de color amarillo, como si llevase una túnica de *narciso*,  
y huele como el *almizcle* de penetrante aroma”.  
“Su palidez es un préstamo de mi palidez;  
su olor es el aliento de mi amiga”.  
“Tenía un vestido de pelusa cenicienta,  
que revoloteaba sobre su liso cuerpo de oro.  
Y cuando se quedó desnudo en mi mano,  
sin más que su camisa color de *narciso*  
me hizo recordar a quien no puedo decir,  
y el ardor de mi aliento lo marchitó entre mis dedos”<sup>65</sup>.

O este otro de Ibn Ṣāra al-Šantarīnī, donde el poeta juega con el anagrama de las letras del nombre y su significado: *safarýal* (membrillo) y *tafarraýa lī* (se disipó para mí):

“No hay nada en el membrillo  
con que apoyar malos augurios, no tengas miedo de él.  
Mirando el anagrama de sus letras leo:  
se ha disipado la tristeza”<sup>66</sup>.

Ibn Jafāya dedica varios poemas a los higos, como éste:

“Con la cara negra, color de la separación,

64. Cf. A. Ramón Guerrero. *Ibn al-Haddād (s. XI) y otros poetas árabes de Guadix*. Granada, 1984, pp. 103-104.

65. *Poemas arabigoandaluces*, p. 96.

66. Ibn Ṣāra aš-Šantarīnī. *Poemas del fuego y otras casidas*, pp. 248-49.

sonríen a través de la ceñuda faz de una noche que se acaba.  
 Cuando llega la mañana en toda su blancura,  
 parecen puntos negros en su cara.  
 Me parecía, al recogerlos por la mañana,  
 coger los senos de las adolescentes de Abisinia”<sup>67</sup>.

La vid y la viña aparecen continuamente citadas en la poesía báquica; de nuevo Ibn Jafāya dedica unos versos de corte erótico a la uva negra:

“Por la noche mamamos la “madre del vino” ¡Qué extraño!  
 ¿Qué relación puede haber, en efecto, entre la mamada y la edad madura?  
 Y una (*uva*) negra, con gusto de miel:  
 Si fuera un labio oscuro, yo no estaría ahíto de besos.  
 Su color negro recuerda la noche de la separación,  
 pero es más deseable y jugosa que el fruto de una noche de amor”<sup>68</sup>.

Ibn Jātima describe un campo de lino en flor:

“Mira el campo de *lino*, obediente al viento,  
 que se pavonea entre los verdes vestidos de la juventud.  
 Es como un mar de olas agitadas,  
 cuyas burbujas de espuma son las flores”<sup>69</sup>.

Y el cadí ‘Iyāḍ describe las mieses, cuajadas de amapolas:

“Mira el campo sembrado, donde las *mieses*  
 parecen, al inclinarse ante el viento,  
 escuadrones de caballería que huyen derrotados,  
 sangrando por las heridas de las *amapolas*”<sup>70</sup>.

#### EL AGUA EN EL JARDÍN Y EN EL HUERTO

El tema del agua está asociado con mucha frecuencia a la descripción de jardines en al-Andalus, bien sea en forma de arriates, arroyos, albercas, aljibes, fuentes o sur-

67. Haḡyāyī, pp. 135-136; *Dīwān Ibn Jafāya*, p. 374.

68. *Ibid.*, p. 136.

69. *Dīwān de Ibn Jātima*, p. 121.

70. Cf. E. García Gómez. *Poemas arábigoandaluces*. Madrid, 1971<sup>5</sup>, pp. 109-110.

tidores. Es difícil imaginar un jardín o un huerto andalusí sin que esté presente de alguna forma del agua.

Árboles, frutos y flores se mezclan con el agua en una simbiosis difícil de separar, puesto que todos ellos dependen del agua para su subsistencia. Por esa razón, con mucha frecuencia jardines y huertos están situados a orillas de un río, en el que se reflejan y se mezclan los árboles y las plantas, formando con ellas hermosas combinaciones metafóricas. Lo vemos en estos versos de Ḥamda ibn Ziyād (s. XII) refiriéndose al río Genil donde se bañaba con unas amigas; establece una bella contraposición, los arroyos rodean a los jardines que a su vez bordean o rodean los arroyos:

“La lágrimas han descubierto mis secretos,  
 junto a este río donde la belleza deja evidentes huellas.  
 Arroyos que rodean los jardines,  
 jardines que bordean los arroyos...”<sup>71</sup>.

O en este otro recogido por al-Nubāhī en la *Marqaba al-‘ulyà*:

“¡Oh jardín, con las estrellas de tus flores  
 apareces vestido de deslumbrante belleza!  
 En medio de ti, el río desenvaina blancas espadas,  
 como canas que salen de la raya entre negra cabellera.  
 Cuando va raudo por entre el verde, lo imaginas  
 brillante de hermosura como la luna, refulgente como relámpagos;  
 como si el susurro del agua al tropezar con las piedras,  
 lágrimas fueran de afligido y suspiros de enamorado”<sup>72</sup>.

Al-Ruṣāfī nos describe un pino junto a una fuente de la que se nutre:

“El jardín muestra la herrumbre de la fuente,  
 cuyas aguas compiten con la brisa.  
 Y junto a la corriente alza su tronco  
 un pino que penetra en sus entrañas.  
 Parecen, él y sus raíces, por donde el agua se derrama en ondas,

71. Cf. T. Garulo. *Dīwān de las poetisas de al-Andalus*, p. 88. Otra versión en *Banderas*, p. 216.

72. Cf. A. Cuellas Marqués. *La Marqaba al-‘ulyà de al-Nubāhī*. Edición y trad. parciales. Granada, 2005, p. 311.

una sierpe enroscada con sus crías”<sup>73</sup>.

Las flores bordean con frecuencia los estanques o las albercas. Ibn al-Zaqqāq nos habla de unas rosas (rojas) junto a un estanque o alberca (*gadīr*), formando un bello símil con la sangre de un caballero herido que se vierte a través de la loriga:

“Las *rosas* que cayeron en la alberca,  
y el soplo de los vientos desparrama,  
la sangre son que el caballero herido  
vierte a través de la loriga rota”<sup>74</sup>.

Ibn Sa‘īd al-Magribī, en sus varias descripciones del viento y las ramas, inserta estos versos suyos en su *Libro de las Banderas de los campeones*.

“El *viento* es el mayor alcahuete que existe,  
pues levanta los vestidos y descubre las partes ocultas del cuerpo,  
y ablanda la resistencia de *las ramas*,  
haciendo que se inclinen a besar la faz de los estanques”<sup>75</sup>.

El estanque solía estar bordeado por el mirto o arrayán, como testimonia este poema atribuido a Ibn Jātima, que describe el palacio de Ibn al-Jaṭīb en Ainadamar (‘*Ayn al-Dam*’):

“En verdad es *Ainadamar* el hito de nuestros ojos,  
señalándose por el jardín, único de nuestro visir...”  
“Aparece el agua bordeada por el *mirto*,  
cual sonriente boca con verdeante mostacho.  
Aquí hay cuanto desea la majestuosa nobleza,  
de cuyas prendas se enorgullece su jardín”<sup>76</sup>.

Sobre el mismo lugar, sus jardines, arroyos y flores, recoge Ibn al-Jaṭīb en su *Iḥāṭa* unos versos de Abū l-Qāsim ibn Quṭba que describen las bellezas del lugar:

73. Al-Ruṣāfī de Valencia. *Poemas*, p. 39.

74. Ibn al-Zaqqāq. *Poesías*, pp. 68-69.

75. Cf. *Banderas*, p. 221.

76. Darío Cabanelas. “Los cármenes de Ainadamar en los poetas árabes”. *Estudios sobre literatura y arte dedicados al prof. Emilio Orozco Díaz*. Granada, 1979, p. 213.

“Acompáñanos a beber en Aynadamar,  
 allí donde el gozo nos escancia en la copa intimidad,  
 donde proliferan los deseos y toda suerte de pasatiempos,  
 las aves nos hace confidencias con sus trinos,  
 y *las acequias de los huertos* nos hablan de unas espadas  
 que fueron abandonadas en la jornada de Siffin;  
 Se diría que *los ojos saltones de las flores* en sus ramos  
 nos están invitando al amor de los efebos”<sup>77</sup>.

La noria (*dawlāb*) y su continuo trasiego de agua entre árboles y flores es motivo de inspiración frecuente para los poetas andalusíes:

Ibn Sa‘īd al-Qal‘ī dice sobre ella:

“Con la espalda curvada se inclina sobre la tierra  
 para dar de beber a las hijas del polvo perlas arrancadas a las gargantas.  
 La contarías entre las esferas celestes, pues sus hilillos de agua  
 son estrellas fugaces que apedrean la infecundidad”<sup>78</sup>.

Al-Ruṣāfī también le dedica un poema:

“Solloza apenas triste y alza  
 en un abrir y cerrar de ojos los espíritus.  
 Cuando por la mañana se aproxima a los vergeles,  
 dice: la infecundidad no os tocará  
 Las flores, al verla, se sonríen,  
 pues sin penar derrama lágrimas”<sup>79</sup>.

A Ibn al-Ḥaddād le llama la atención su canto, acompañado por el croar de las ranas:

77. Cf. *Iḥāta*, vol. II, p. 123. Trad. de F. N. Velázquez Basanta. *La Granada de Ibn al-Jaṭīb* (En prensa). Otra versión también en D. Cabanelas. “Los cármes de Ainadamar...”, p. 215, que nombra a su autor como Ibn Qurṭuba, debido a un error en una edición anterior de la *Iḥāta*, ya corregido. Agradezco a F. Velázquez sus precisiones respecto a éste y otros puntos y que me haya facilitado su traducción, aún inédita.

78. Cf. *El Libro de la magia...*, pp. 118 y 102.

79. *Ibíd.* Otra versión en al-Ruṣāfī. *Poemas*, p. 45.

“Gemía *la noria* cuanto cantaba,  
Y el crac-crac de las ranas era cual palillos que se tañen...”<sup>80</sup>.

Ibn al-Abbār describe la belleza de una noria a la que compara con la esfera celeste, con un prisionero, una nube y un copero:

“¡Oh Dios! ¡Qué bella es *la noria* que gira como una esfera celeste,  
aunque no haya en ella ningún lucero!  
La colocaron sobre el río unas manos que decretaron  
que regocijara a las almas mientras trabajaba penosamente.  
Parece un hombre libre encadenado, o mejor,  
un prisionero que marcha libremente.  
Como el agua sube en ella para luego bajar,  
parece la nube que toma su provisión de los mares y luego la derrama.  
Los ojos la aman porque el jardín es su comensal,  
y ella como un copero que no bebe”<sup>81</sup>.

Finalmente, a propósito del agua, las fuentes y los jardines, vamos a reproducir aquí, por su interés y su proximidad geográfica, un pasaje de al-Maqqarī en el que tres poetas granadinos, Abū Ŷa‘far ibn Sa‘īd, Ibn Nizār y al-Kutandī se reúnen con otros amigos en un jardín de la Zubia, cercano a Granada, en lo que parece una típica reunión báquico-literaria (*ma‘yilis*), y deciden rivalizar en la improvisación poética describiendo una fuente que se encontraba en ese jardín, junto a un estanque, aljibe o alberca, y se reparten entre los tres los elementos que la integran. Según se desprende del texto, debía de tratarse de un artilugio mecánico por el cual la figura de la danzarina que se encontraba en la parte superior de la fuente giraba a impulsos del agua. No he encontrado más noticias acerca de otros mecanismos semejantes en textos árabes de época almohade o de otros periodos, por lo cual se trata de un documento de gran interés para el estudio de las fuentes ornamentales andalusíes.

He aquí el relato de al-Maqqarī<sup>82</sup>:

80. *Ibid.*, p. 136.

81. *Cf. Banderas*, p. 247.

82. *Cf. Naḥḥ al-ṭīb*, vol. III, pp. 497-49; C. del Moral. *Abū Ŷa‘far ibn Sa‘īd...*, pp. 40-41.



“Bebió un día Ibn Nizār con Abū Ŷa‘far ibn Sa‘īd y el poeta al-Kutandī, en un jardín de la Zubia de Granada. En él había un estanque (*ṣihrīy*)<sup>83</sup> de agua rodeado de naranjos, limoneros y otros árboles. Sobre él había un surtidor de agua que movía la imagen de una muchacha (*ḡāriyya*) danzando entre los chorros, y un plato de mármol (*tayfur rujām<sup>im</sup>*) que formaba en la conducción del agua la imagen de una tienda”.

Decidieron entonces los poetas establecer un turno de improvisación, repartiendo-se los objetos a describir: la danzarina, la tienda de agua y el estanque:

Dijo Abū Ŷa‘far describiendo a la danzarina (*rāqīṣa*):

“He aquí una danzarina, no se mueve  
sin que la mueva un sable de agua desenvainado.  
La hace girar, bien a su pesar, y ella desenvaina  
sables cortantes contra él: ni ella se fatiga ni él se asombra.  
Al girar con rapidez, te imaginas  
que da la cara a todos lados del jardín”.

A continuación Ibn Nizār dijo acerca de la tienda de agua (*jibā’ al-mā’*):

“He visto *una tienda de agua* esparcirla en derredor,  
mientras el soplo del viento le disputaba su manto.  
Unas veces se le somete y otras se subleva,  
como una bailarina que desata y ciñe su túnica.  
Y como corresponde a la mejor de las criaturas,  
no deja de mostrarle su pudor desde las alturas.  
Cuando envía una lluvia abundante a su diestra,  
la precisión le hace volver a girar”<sup>84</sup>.

Por último le llegó el turno a al-Kutandī, describiendo el estanque (*ṣihrīy*):

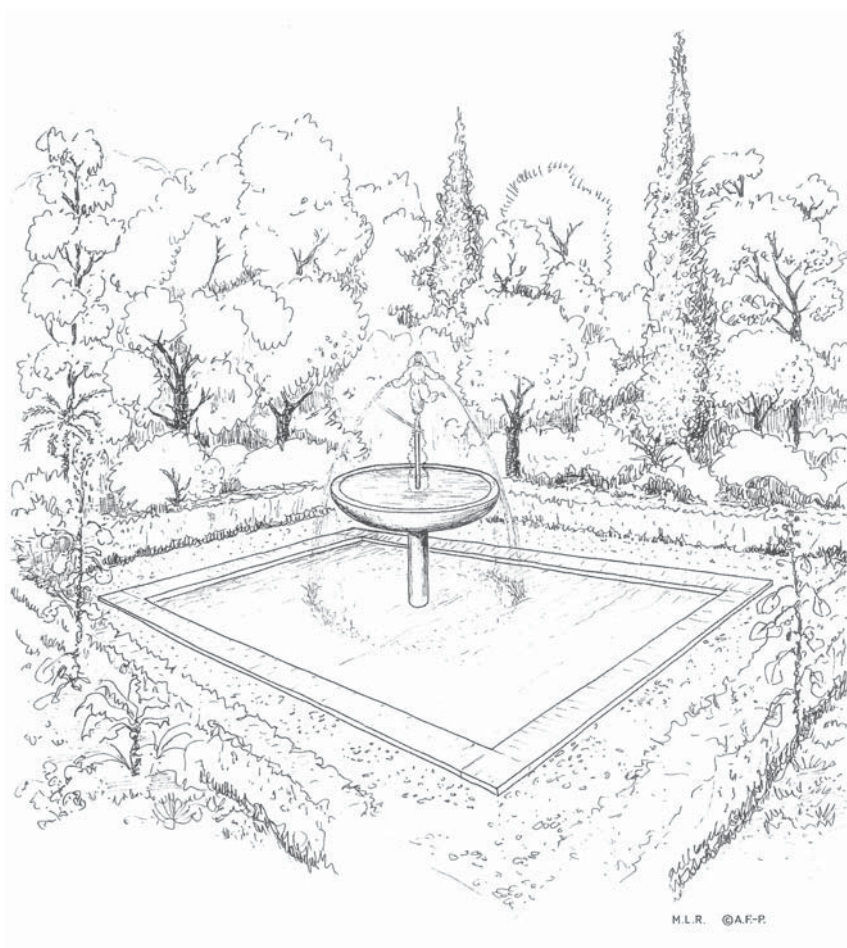
“He aquí *un estanque* en el que creerías  
que hay plata fundida, dorada por el atardecer.  
Es como si el jardín lo amase, y pusiese en sus bordes

83. Cisterna, aljibe o zafariche. Por la descripción que sigue de al-Kutandī, prefiero utilizar el término *estanque*, más adecuado a la misma.

84. Cf. *Ibn al-Ḥaddād (s. XI) y otros poetas árabes de Guadix*, p. 103.

un denso sombraje.  
 La mano del sol le concede, por amor,  
 dinares de oro que acepta agradecido.  
 Cuando el céfiro despeja las ramas,  
 entonces (el sol) halla un camino.  
*Los naranjos*, al aparecer su reflejo bajo el agua,  
 son como ascuas mojadas.  
 Y *los limones*, sin fundirse, son cascabeles de oro  
 movidos por el céfiro.  
 No deja de reunirse en ti un pequeño grupo  
 de gente despierta, con vasos de vino:  
 Lunas llenas en torno a las cuales giran las estrellas,  
 que pese a la mañana, no desaparecen.  
 Los ama el céfiro del jardín como un amante que,  
 por causa del amor, tiene su cuerpo extenuado<sup>85</sup>.

85. Cf. *Abū Yā'far ibn Sa'īd...*, p. 41.



Interpretación de la fuente y el estanque —según el texto de al-Maqqari— llevada a cabo por A. Fernández Puertas al que agradezco el gran interés que se ha tomado en dicha interpretación.

Dibujo de M. López Reche y A. Fernández Puertas